

María Guadalupe Silva (coord.^a): *Literatura y representación en América Latina. Diez ensayos críticos*. Buenos Aires: NJ Editor, Colección Asomante, 2012.

El Instituto de Literatura Hispanoamericana, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, lleva a cabo anualmente sus Jornadas de Investigación, lugar de encuentro de sus integrantes y de sus proyectos, que se enriquecen con el debate y el intercambio de ideas. Como siguiendo esas conversaciones, los libros publicados en la Colección Asomante de la editorial del Instituto, reúnen algunas de las exposiciones presentadas en las jornadas bajo la forma de ensayos, agrupados en torno a problemas críticos que los invitan a interrogar la literatura latinoamericana. En *Literatura y representación en América Latina*, una de las publicaciones que inauguraron la colección, la pregunta sobre la noción de “representación” convoca a una serie diversa de artículos organizados en afinidad temática, conceptual y crítica, lo que nos permite leerlos en interrelación. El prólogo, a cargo de María Guadalupe Silva, coordinadora de la antología, le da un marco histórico y teórico a los ensayos que indagan, en sus palabras, “sobre los poderes de la representación tanto como sobre sus impotencias” (5). En este sentido, la representación se nos figura como un problema para pensar la literatura, porque si *a priori* se puede definir como una emulación especular de un objeto cuya existencia le precede, el mismo acto de representar altera esa existencia y su condición de precedencia, así como cuestiona la esencia misma de la representación. Es por esto que Raúl Antelo, en la lectura integral del libro que realiza en el posfacio, sostiene junto a Agamben que la imagen, como forma insustancial de la representación, permanece en un estado de continua generación, porque “es engendrada a cada instante según el movimiento o la presencia de quien la contempla” (132). Estas conceptualizaciones que abren y cierran el volumen nos habilitan a concebir estos ensayos críticos como intervenciones sobre un *corpus* diverso de textos latinoamericanos que, a su vez, actualizan diferentes abordajes de este aspecto problemático.

Los tres primeros ensayos se agrupan en torno a una escritura, la de Juan Carlos Onetti, que se caracteriza por cuestionar la idea de que el lenguaje debe reflejar la realidad. Para Roberto Ferro, en “De Avenida de Mayo–Diagonal a Santa María”, en la literatura de Onetti no hay representación posible sino en la autorreferencialidad del proceso incesante e inacabado de la escritura, que se puede leer en las intersecciones de los relatos previos a la fundación de la ciudad originaria, “nueva residencia del exilio” (8) que oculta y exhibe las marcas de lo precedente. Liliana Reales, por su parte, propone en “Acerca de la lógica del intervalo en *La vida breve*” que la indecibilidad de los binomios exterior/interior, ficción/realidad, sujeto/objeto demuestra que el vínculo entre realidad y literatura es inaprehensible. Su lectura se ubica cercana a la de Ferro, porque sostiene que el mundo se presenta en Onetti como construcción ficcional que se configura en un espacio mítico y en un tiempo desarticulado por el intervalo. En “Onetti: una estética del fracaso”, Miguel Espejo se aproxima más al nihilismo que cuestiona Reales, al considerar que en esa forma de la literatura sin mensaje ni pedagogía, donde los personajes son intercambiables, reside una crítica al exitismo de la sociedad a través de una estética del fracaso. Estas lecturas, aun en sus diferencias, nos acercan hacia una posible definición del concepto de representación como el despliegue de diversas formas de construir y deconstruir realidades.

Los siguientes dos ensayos se focalizan en las vanguardias históricas. Guillermo Blanck, en “Simultaneísmo, condensación: una lectura de *Andamios interiores*”, toma un texto fundamental de la fundación del estridentismo mexicano para repensar la función de la condensación en la configuración de una historia fragmentada, diseminada y sin orden cronológico en los poemas de Manuel Maples Arce, e indaga al mismo tiempo las posibles procedencias de este recurso innovador. Entre el análisis textual y el rastreo de los precedentes artísticos, se genera cierta desorientación respecto al eje del planteo, que se descubre sólido, no obstante, por la reposición de los aportes estéticos de este poemario a la luz de sus debates coetáneos. A continuación, en “Monstruos palacianos”, Marina Von der Pahlen critica la lectura “biografista” que reduce la obra de Pablo Palacio a un producto de su locura y propone que su literatura, al contrario, establece nuevas formas de relación con lo real que desarman lo que por convención se presenta como marginal, enfermizo o monstruoso. Como sostiene Paula Bertúa en el artículo que sigue, “María Rosa Oliver: de la biblioteca heredada a la biblioteca conquistada”, los lazos comunicantes entre literatura y vida son diversos y complejos, en especial en la escritura autobiográfica de María Rosa Oliver, que se apropia de la biblioteca familiar cifrando en clave literaria su vida para tomar posición, incluso en los intersticios de lo silenciado, frente a los hechos históricos que marcaron la primera mitad del siglo XX. Con este ensayo, el volumen articula una discusión implícita sobre las tensiones entre ficción y experiencia biográfica que producen algunos relatos, como los que son objeto de los próximos análisis, al asumir posturas concretas sobre las codificaciones culturales de lo real.

Representar significa también presentar de nuevo, es decir, hacer presente lo pasado o lo ausente, activar la memoria y producir imágenes con las que reconocer lo que ya no está, operaciones difíciles a la hora de contar la última dictadura militar en Argentina. El análisis de *Los chicos de la guerra* (1982), compilación de entrevistas a excombatientes de Daniel Kon, y de *Los pichiciegos* (1983) de Fogwill que propone Lara Segade en “Contar la guerra. Explicarse la derrota. Ficción y testimonio en los primeros relatos sobre Malvinas”, sostiene que los testimonios interpelan la narrativa épica sin hallar la formas de comunicar la experiencia que explique la guerra de Malvinas, mientras que la ficción, asumida como farsa, se acerca más a la posibilidad de significar lo sucedido y de denunciar los modos en que se piensa la guerra. “Desde hace décadas, la literatura argentina se interroga acerca de los modos que permiten figurar lo que parece irrepresentable, lo que parece inimaginable” (95), afirma Andrea Cobas Corral al comienzo de su ensayo “Volver a la casa de los conejos”, en el que la denuncia aparece una vez más en la voz del hijo de desaparecidos, el nuevo actor político que hace frente a la amnesia colectiva propagada en las políticas del 90 y que, desde la ficción, utiliza estrategias diversas para desestabilizar el lugar del testimonio individual y su relación con la construcción de una memoria social, lo que analiza detenidamente en la novela *La casa de los conejos* (2007) de Laura Alcoba.

Las escrituras que activan representaciones irreverentes son las más atractivas. De entre los libros que componen la pentagonía de Reinaldo Arenas, María Alejandra Escobar elige el que más episodios repite con su autobiografía, para indagar en “Literatura e irreverencia en *El color del verano* de Reinaldo Arenas” cómo la ficción desafía al régimen revolucionario parodiando la tradición literaria cubana y utilizando la sexualidad y la propia escritura para transgredir el sistema represivo de la época. “Sin embargo, la crítica no se

detiene en eso. A través de las cartas, pueden leerse los efectos de un exilio que no le permite encontrar su lugar en ningún lado. La hilaridad y la farsa devienen sensación de dolor e incomodidad” (117-118); con estas palabras, al final de su análisis, Escobar da pie al último artículo de la compilación, “Desiertos e islas: narraciones sobre la desintegración del mundo”, en el que Isabel Quintana aborda un *corpus* de textos contemporáneos a través de las topografías del desierto y de la isla, que no se presentan como imitaciones del mundo, sino como espacialidades problemáticas en las que residen “experiencias del desastre en torno a los núcleos fundantes de la comunidad” (119). Como bien señala Raúl Antelo, el artículo de Quintana vuelve a tocar varios aspectos tratados en los ensayos anteriores; de algún modo, en las transgresiones de la identidad y del devenir cronológico, en los espacios imaginarios como refugios de personajes subalternos, el trabajo de Quintana reúne las diferentes intervenciones críticas del volumen, en donde el concepto de representación es aprehendido en su densidad semántica para proponer nuevos modos de leer la literatura latinoamericana. Esto demuestra, a nuestro parecer, que la organización dialógica propuesta por Silva es una de las características más interesantes de la compilación.

Daniela Paolini

Universidad de Buenos Aires

daniela.m.paolini@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.24029/lejana.2018.11.263>

Recibido: el 15 de mayo de 2018

Aceptado: el 7 de agosto de 2018

Publicado: el 22 de octubre de 2018

© Daniela Paolini



<http://ojs.elte.hu/index.php/lejana>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C